

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tendría algún derecho a suponer que soy de actualidad, y a hablarlos de mí misma; pero también tengo derecho a callarme, y lo hago, dejando consignado tan sólo

«que no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.»

Y tratemos de algo que está a la última moda: de robos... Yo no sé si son las novelas policíacas, si las películas, si la falta, que cada día se nota más, de moneda corriente; pero cada día se descubre, inventa y perfecciona algún modo distinto de tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Y son ardis de dignos de Roberto Macario, estratagemas de pieles rojas sueltas en la sociedad, tretas de apachismo refinado. Y vemos cuán inferiores, primitivos, pueriles, eran nuestros celebrados bandidos y salteadores, generosos o no, de los buenos tiempos.

Aquellos ¿qué hacían? Lo más elemental: salir a la carretera armados de trabuco. Al que pasase, ¡alto! y ¡la bolsa o la vida! Esto se le ocurre a los chicos de la escuela. Los ladrones de ahora no se emboscan en el camino real. Desde que hay cuentas corrientes en los Bancos y giros postales, nadie lleva consigo valor de tres pesetas. Y ha sido preciso afinar la puntería, y apostarse, no entre unas hayas ni unas carrascas, sino en los complicados pasillos de los establecimientos de crédito y las casas de Correos. Allí donde el dinero circula, es donde se le puede cazar.

Lo sorprendente es que los salteadores urbanos, sin señales de trabuco ni de carabina, inspiren una confianza que no inspiramos, ciertamente, las personas inofensivas que acudimos a taquillas y a oficinas públicas, a recoger alguna cantidad. Siempre que tal me ha sucedido, me han exigido una cantidad de firmas que asusta, y las han mirado y remirado, a ver si eran falsas. Y parece que, al ladrón de la Casa de Correos, en Madrid, se le dejó en libertad, y escribió cualquier garrapato.

Este robo, en apariencia mera travesura de apaches hábiles, abre una ventana por donde pueden verse varios aspectos de nuestra vida administrativa. Este es uno de ellos. Base de confianza, entre sí; y, con el público, recelo infinito. Una gorra de galones abre las puertas de las oficinas cerradas probablemente para un sombrero de copa o para una capota elegante.

Otro aspecto es el de la defraudación continua, motivada, en gran parte, no lo neguemos, por las exigencias y carestías del menor servicio. Todo se cobra tan alto, que defraudar es una ley. Sólo a esto puedo atribuir que haya quien, enviando quinientas mil pesetas por valores declarados, declare tan sólo ciento cincuenta mil. El temor de un accidente como el ocurrido, debiera bastar para imponer la sinceridad; es indudable que los imponentes y remitentes han sido robados, y no les queda ni el derecho de queja, cuanto más el de ser resarcidos.

Visto desde afuera el robo, no se concibe que no haya precauciones exquisitas para la entrega de pliegos que contienen tan crecidas sumas. La de la firma es ilusoria. Puede firmar cualquiera por cualquiera, y el que entrega, ignorar si es en efecto la letra del que debe hacerse cargo del pliego. Y, aun sin el descuido de no mirar si se había firmado, pudo el ladrón firmar, y sería exactamente lo mismo, a menos que firmase con su verdadero nombre, de lo cual se guardaría.

Supongo que a cada episodio de este género, redoblarán las precauciones, pues todas son pocas; y ¡ay de los que vayamos allí de buena fe! Ni en tres horas nos despachan.

El asesinato del primer ministro austriaco, desde un punto de vista, inspira pena: el del momento en que se lo participaron al viejo, viejísimo Emperador...

Yo no sé si el agosto anciano conserva o no integras sus facultades mentales, pues a su edad, no sería mucho que se hubiesen debilitado, ayudando a los años las penas; pero, si su cabeza está tan firme como antes, ¡qué triste impresión le habrá producido ese crimen, cometido contra uno de sus más leales servidores!

Cuando le digan que el hecho no guarda relación alguna con la guerra, que es lo que repiten los periódicos, acaso, lejos de servirle de consuelo, le producirá mayor aflicción. Si la guerra hubiese sido la causa, se comprendería; pero ¡sin objeto! Lo inútil de un crimen, aumenta su tético efecto en el alma.

Lo peor de todo, para el Emperador, es que fuera, como dentro, son malas las noticias. Los aliados tienen cada día un motivo más para esperar el triunfo. Al menos, ésta es mi impresión, en la cual no entran por nada mis simpatías especiales, que son hacia Francia. Es imposible que no acaben por triunfar, los que han empezado por detener y resistir. El tiempo lo dirá, pero ya se presente, y el alma desea, si ha de ser, que sea cuanto antes, a fin de poner término a tanta crueldad y destrucción. Acabo de leer un párrafo de Valle Inclán, que eriza el cabello. No sé si estará en ello una viva fantasía, pero anda o no, la sola posibilidad es crispadora. Me refiero a la atroz operación de convertir en *faluchos* a los cadáveres. Flotan sobre el mar, y cada ola los trae, hinchados y descompuestos, a la orilla; son restos de una tragedia naval. Y para evitarse enterrarlos, para que el viento se los lleve suavemente, se les pone una vela clavada en cualquier parte; y los siniestros «faluchos» bogan, impulsados por el viento, hacia alta mar, en silenciosa escuadrilla... La leyenda del *Barco Fantasma* no es más aterradora.

Los trigueros de Castilla protestan de que se quiera limitar el precio del grano, mientras no se limita el del abono, de los piensos y forrajes, cáñamos, hierro, ganado y otros artículos de consumo agrícola. Y en efecto, yo he notado que, cuando todo sube, el trigo es lo único que no se consiente que suba, sin que se grite en todos los tonos, y se apele al Gobierno para que imponga, en una o en otra forma, la rebaja.

Las subidas, en bastantes artículos, son de una exageración increíble. Ha llegado a ser artículo de lujo lo que antes de consumo modesto. Y yo no diré que el Gobierno no tenga el derecho indirecto de abaratar: lo que me parece es que no debe ejercerlo con un artículo solo.

El papel que representa el Estado no consiente parcialidades ni preferencias. Todos los intereses deben ser igualmente sagrados para él.

Desde hace dos o tres años, a principio de temporada, ofrece graves dificultades la cuestión del Teatro Real. Quizás lo mejor sería prescindir, mientras Europa no se sosiega. No veo que fuese un grave inconveniente privarse de esa diversión, que sólo presentada con un alto nivel estético puede ser grata.

Y el nivel es, hay que confesarlo, más bien bajo, y desde luego, en todo lo externo y de escenario afuera, desastroso. No me explico cómo se puede continuar así, en un espectáculo tan caro y de tantas pretensiones, cuando todos los demás, hasta los muy modestos, se friegan y lavan la cara, se adecantan, se ponen en armonía con las exigencias de los tiempos, y aparecen limpios y coquetones.

El Real, lo he dicho muchas veces, está hasta repugnante, a fuerza de descuido y falta de polioia. Como se alquila para bailes de máscaras, las más innobles huellas de la chupanda y de la orgía se quedan estampadas en el pingajo que llaman alfombra de los palcos y en el papel *démodé* de las paredes.

Por las butacas dícese que pasean muy a su sabor ciertos bichejos, de los que tocan a menos cuando la gente se casa en verano... Parece imposible; yo no lo afirmo, pero el estado de abandono de los palcos sí es cierto, y asombra, puesto que hoy ya no se ven tales cosas por ahí.

Leo en los periódicos que se están haciendo en el Real algunas obras... No son algunas, son muchísimas las que urgen, pero por algo se empieza, y bueno es que siquiera den al regio y roñoso coliseo un fregado, barrido y aljofifado, o, como decía una criada andaluza que conocí y que era digna de la musa de los Quinteros, «una *estropajá*».

Veremos qué obras son ésas, qué arreglo se hace para remediar lo más aparente de tanta incuria, de tanta bohemía, allí donde se supone que ha de ostentarse brillante suntuosidad, porque presiden los Reyes y concurre la flor y nata de la gente *chic*. ¡No está malo el *chic* de aquellas alfombritas!

La muerte de Luis Medrano, actor de la compañía Guerrero Mendoza, ha causado una impresión de sentimiento simpático. Nadie estaba en contra de Medrano, ni como artista ni como persona. Como artista, su exquisita discreción y el tacto de sus empresarios le mantuvieron siempre en el justo límite de sus facultades, sin llevarle a empeños ajenos a su órbita y a sus medios; como persona, afetuoso y amable hasta lo sumo, distinguido y cortés como pocos, nadie tuvo con él sino relación grata. No creo que deje en el mundo un enemigo.

Y esto que voy diciendo no significa que el hecho de tener enemigos implique nada desfavorable para quien los tiene. ¿Cómo había yo de decir esto, cuando desde mis primeros pasos en el mundo de las letras disfruté de muchos y muy encarnizados? Sólo quiero dar a entender que lo siento, y que preferiría haber gozado ese privilegio de que Medrano gozó, no encontrando sino benevolencia y bonanza.

Conviene decir que Medrano, el día en que encontró la protección de Fernando y María, pudo decir que poseía un amuleto contra la mala suerte; porque estuvo, no sólo atendido en lo material, sino rodeado de cariño, de cuidados, como si fuese un padre. Lo hemos visto todos los que conocemos aquel saloncillo, siempre igual, y siempre amparador de los que lo han menester, con la regia esplendidez que Fernando acostumbra. Además, la dirección artística acompañaba a la amistosa protección, y Medrano iba siendo ya un actor con carácter propio, que lograba agradar al público en su terreno y que, además, tenía, para ciertos papeles, la ventaja de su excelente educación y perfectos modales. Segura estoy del sentimiento que habrá causado a los empresarios la pérdida de este aristocrático actor, y de este amigo que parecía ya formar parte integrante de su ambiente. (1)

Han hecho muy bien los hermanos Quintero en adaptar *Marianela*. Sólo la injusticia de los hados y el frecuente error de los públicos pudo haber sido causa de que Galdós no tenga, como autor dramático, una fama semejante a la que logró como novelista. Tal vez le han perjudicado, para aduenarse del público en ese terreno, algunas cualidades (no defectos) que no caben en las tablas.

Yo creo que, en cada novela de Galdós, o al menos en la mayoría, hay un drama o una comedia primorosa. Teniendo práctica, como la que los Quintero tienen, nada sería más fácil que extraerla, y acaso lo harán con alguna otra, después del éxito de *Marianela*. Este idilio encantador, estaba pidiendo a gritos que le hiciesen materia teatral, ante un público acaso sorprendido, porque aquí se arrinconan pronto las obras novelescas, y la linda resucitada yacía probablemente dormida desde hace años.

¿No hay elementos dramáticos en *La desheredada*, por ejemplo? ¿No los hay, y bien emocionantes, en *El doctor Centeno*? ¿No hay una comedia trágica en *Miau*? En los *Episodios*, ¿no existen cuadros y tipos para llevar a la escena un aspecto de nuestra historia, jamás explotado, o punto menos, por nuestros dramaturgos?

Y esto me ha sorprendido siempre: que nuestra historia, tan fecunda en elementos dramáticos, no haya sido utilizada. Recorred todo el ciclo de los dramas de Echegaray, y no encontraréis nada que se enlace con la historia. Antes, Zorrilla, épico por naturaleza, aprovechó episodios tan interesantes como la leyenda de Sancho García y la Condesa de Castilla, las mocedades de D. Pedro, en *El zapatero y el Rey*, y la trágica noche de Montiel, en la segunda parte de la misma obra; puso a contribución la suerte desdichada del Pastelero de Madrigal, impostor o mártir, y recogió el mito del Burlador y Convidado de piedra, dándole vida castiza y de intensidad sublime. Tamayo, por su parte, creó la figura de la Reina loca, a competencia con la Eduarda de Schiller. Pero ninguno de estos grandes dramaturgos tocó a la historia semicontemporánea, a ese Montiel colectivo de la guerra civil, en que palpita tanta verdad nacional, ni a la guerra de la Independencia, en que está, por decirlo así, hecho el efecto teatral, elaborados los temas. Galdós lo intentó, en *Gerona*; y el público, que otras veces se pasa de bonachón, se pasó en ésta de severo... Séale mal contado, porque ciertas severidades no son, frecuentemente, sino casos de desmemoriamiento histórico, una de nuestras enfermedades.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) Estando ya en máquina el presente número, se ha recibido la noticia de que el embajador de España en la República Argentina ha desmentido el rumor de la muerte del señor Medrano, quien, por fortuna, se halla en Chile gozando de perfecta salud.